

tenemos sino un reflejo lejano en la felicidad de la luz. La sombra de la mentira es la muerte : el que la profiere, sopla en la luz y la apaga ; la apaga, no para los demas, sino para él mismo ; y oscuro ; tenebroso, atormentado por la ausencia de la verdad, muere y se hunde en noche llena de quimeras, noche interminable.

Por donde podemos sentar que el que oculta la verdad dicta su propia sentencia ? Sí, Xenofonte, respondió el maestro ; sentencia de muerte. Y nada suelen requerir los hombres con más empeño que su desgracia : la verdad, cosa tan natural y fácil, no arraiga en sus labios ; la mentira, artificio tan complicado, acierta á posesionarse de ellos casi siempre.

Yo hago una paridad, dijo Fedon : así como la verdad, segun Sócrates lo ha dicho, es madre de mil virtudes, así la mentira es madre de mil vicios : correrá ella á cuatro piés ? digo la paridad que he puesto ?

De mil vicios, Fedon ? de todos los vicios pudieras decir, respondió Xenofonte. No hay crimen ni infamia que no sea una negacion, esto es una mentira : el asesino niega la vida de su semejante ; el ladron niega la propiedad ajena ; el blasfemo niega el respeto debido á los dioses. Ahora, si va á los vicios, el disoluto niega la continencia ; el avaro niega la largueza ; el calumniante niega la caridad. Siempre una negacion, esto es, siempre una mentira multiplicada por ella misma.

Si mis cuatro palabras en orden á la verdad han dado origen á tan nobles discursos, por dichoso me tengo de haberlas proferido, dijo Platon. Sócrates, entre axioma

y axioma pegaria bien un trago de vino ? Mal, dices, amigo ? *La verdad está en el vino* ; así, léjos de perjudicarla, puede ser que la acrisole : echa acá esa toma inspiradora, y fomenta el buen humor, sin el cual sabiduría viene á ser persona hosca é intratable.

Puesto que la verdad está de triunfo entre nosotros, no ha menester nuestras recomendaciones : por qué ó por quién brindas, Sócrates ? volvió á decir Platon.

Quedó el maestro viendo al rededor, y fijando la mirada en Autólico : Muchacho, tú no has intervenido en nuestra disquisicion : en qué has pensado miétras nosotros hemos hablado ? en la belleza, probablemente, como Critóbulo ? Autólico, sorprendido, comenzó á echar sangre por las mejillas, tanto más hermoso el jóven, cuanto la vergüenza le daba un baño de pudor femenino que volvia embelesante su agraciada persona. Lycon hubo de responder por él : A este niño, cuando ocurre que no escucha, le sucede que está pensando en su padre.

Estuve pensando en mi padre, repitió Autólico con voz del cielo. Todos los convidados aplaudieron estrepitosamente ; y Sócrates propuso un brindis por el amor de Autólico á su padre.

Si los griegos comian truchas, no habrán sido las de Gatehin, tan renombradas en nuestros dias. Como hayan sido truchas, eso me da que hayan sido tomadas en el Eurotas, aunque no doy razon si el rio de los héroes criaba el pez de que suelen gustar ricos y gastrónomos. Tengo sí especie de que los esparciatas decian á menudo : O ayunar, ó comer trucha ; dando á entender que



un ánimo generoso desdeña triunfos baladíos y goces terreros, puesta la mira en acciones grandes, de esas que labran la gloria de los valientes en el templo de la fama. Los griegos no comían, como queda dicho, truchas de Gatchin: es asimismo verdad de á folio que no comían ostras de Ostende, esas con las cuales la Bélgica regala á los príncipes y magnates; y verdad de clavo pasado, que ni atenienses, ni argivos, ni beocios comían trufas de Perigord, ni espárragos de Aranjuez, ni queso de Chantilly. Nada han perdido por no haber catado estas delicadezas y golosinas de los tiempos modernos; pues las con que ellos se regalaban eran, sin duda, más suaves y gustosas que las con las cuales nosotros nos ahitamos. Y qué tenían que envidiar esos antiguos á las generaciones venideras en orden á ninguna cosa? Para el patriotismo, Maraton, las Termópilas: para la elocuencia, Demóstenes, Hipérides: para la poesía, Esquilo, Sófocles: para la historia, Heródoto, Tucídides: para las artes, Fidias, Praxiteles: para el amor, Aspasia, Frine: para los vicios brillantes, Alcibiades, Alcibiades: para la mesa, el faisán de los bosques macedónicos, ave tan hermosa como exquisita, á la cual se la mata echando lágrimas, y se guardan sus plumas verdes, azules y doradas para ornamentos y gracejos. La perdiz del Atica, gorda y suave: el papafigo del Peloponeso, ése que reina en grandes mesas. Qué otra cosa? Por dicha no va hoy de un banquete de Epicuro, para que echemos de ménos la instrucción en lo tocante á materias comestibles y modos de componerlas. Para uno como Platon, basta decir que hubo lo necesario, servido con decencia primorosa, viéndose

los convidados la cara en platos y vasos, cual lo habia de requerir despues el poeta que aprendiera el mundo en casa de Mecénas y en el palacio de Augusto.

Trajo un criado una ánfora de cristal azul salpicado de estrellitas de oro, y dijo Platon: Este es un vino generoso que ha vivido más de lo que hemos de vivir nosotros: sabeis, oh amigos, que en una de mis obras aconsejo salir de cuando en cuando de la estricta sobriedad que debe ser regla del filósofo; y aun permito la embriaguez una vez al año.

Fundas tu consejo, respondió Xenofonte, en el principio de Hipócrates, quien tiene por rigidez muy ocasionada el estar girando de continuo en la órbita de hábitos y costumbres inalterables. Larga costumbre viene á ser ley, dijo Antístenes; y ley infringida apareja castigo. Efectivamente, agregó Xenofonte, la violacion repentina de la abstinencia ha causado muerte no pocas veces. Hipócrates, que le habia examinado las entrañas á la naturaleza, tomándolas en las manos, estaba en sus oscuridades y dificultades.

Hipócrates, dijo á su vez Fedon, hablaba del peligro del estómago: al que no ha bebido sino agua pura toda la vida, no le será dable saludar al dios delirio con un vaso de ese fuego disuelto que produce tan felices arrebatos, cuando nos contenemos en los términos de la moderacion. No de otro modo, al que jamas ha comido carne podrá muy bien quitarle la vida un repentino hartazgo de viandas. Pero nosotros para quienes el vino, sino familiar, no es desconocido, ¿porqué no hemos de seguir el consejo del médico de Coos, hombre inspirado



por la Divinidad misma? Salud! y sea por que Gracias y Musas no se aparten de nosotros.

Bebieron todos, y Xenofonte dijo: Ya sabemos cual es la primera de las virtudes, Sócrates; nos darás ahora el gusto de exponer tu opinion respecto de la segunda? Yo pienso que es la justicia, Xenofonte: hacer justicia es darle la razon al que la tiene; por donde venimos en conocimiento de que estar en lo justo no es sino estar en lo verdadero.

La justicia, maestro, viene por consiguiente á ser la verdad vestida de áspera tela? No es otro mi parecer, Antístenes: las virtudes dimanen unas de otras; su eslabonamiento es infrangible, y ocurre que yendo agua arriba por ellas, hemos de llegar á su madre. La de todas, ya lo hemos visto, es el amor á la verdad.

De suerte, dijo Lycon, que el origen de este caudaloso y apacible rio que llamamos virtudes está descubierto? Nunca ha sido un misterio esa fuente sagrada, respondió Sócrates, sino para los que temen su prestigio: todo el mundo sabe que el que adora la verdad no puede aborrecer la justicia.

De ninguna manera, dijo Platon á su vez: negar justicia al que la tiene, es ocultar la verdad. La justicia de los dioses es la verdad encarnada en ese cuerpo negro y terrible que se llama castigo, ó en ese delicado y hermoso que conocemos con nombre de razon ó reparacion.

El hombre injusto es el peor de todos: está viendo la verdad, y le hace el insigne agravio de negarla. Oh tú, le dice, que te hallas á mis ojos fulgurando de gloria, no existes. Y esta negacion espantosa es imprimida en

la sentencia que dicta ó en la palabra que profiere. Ese pobre de verdad es indigente de esperanza: ni los hombres le favorecen con una caridad de buena fama, ni los dioses le agracian con sombra de misericordia.

Proporcionas ahora una prueba del principio sentado en nuestro banquete del otro juéves, dijo Sócrates: si te acuerdas, Antístenes, uno de nosotros adelantó esta idea, que cada persona, segun su constitucion y genio, tiene un pensamiento primordial que gobierna sus discursos. Critóbulo, verbigracia, agregó Fedon, de cualquier materia va á dar á la belleza, bien así como Sócrates no puede hablar de nada sin hacer sublimes diversiones al campo de las virtudes.

Autólico no quiere salir fiador de Critóbulo, respondió Sócrates: no ha hablado de la belleza, siendo así que entre estos dos admirables niños cualquiera de los dos que se halle presente, ése se lleva la palma.

Él dice poco de palabra, hizo notar Xenofonte; pero mirad si está corroborando el principio recordado por Sócrates, con ese torrente de púrpura líquida que se le agolpa á las mejillas.

Estaba el muchacho debajo del poder de la vergüenza, esa ardiente timidez del alma que no pudiendo contenerse en las regiones del espíritu, sale afuera y se presenta en el rostro como fuego atizado por una vestal invisible. Merced me hareis, dijo Lycon, si apartais de este jóven los ojos: veis que está para morir al poder de vuestras miradas?

Que diga su parecer tocante á la belleza, y le perdonamos la vida, respondió el más feo de los griegos; el más feo, despues de Esopo.



Qué piensas, Autólico, en el punto que se ha propuesto? dijo Lycon.

Que no es el mayor de los bienes, respondió el adolescente con voz trémula, pero argentina y armoniosa.

Dejadme pensar, volvió á decir el viejo Sócrates: si la belleza no es el mayor de los bienes, la fealdad no es el mayor de los males: en este caso estoy salvado.

No te mueras, respondió Antístenes: ni fealdad, ni pobreza son grandes males: ni tú con el un defecto, ni yo con el otro somos cautivas criaturas ó entes miserables.

Tú con el un defecto podrás no ser el más infeliz de los mortales; pero yo con uno y otro...

Luego tú también eres pobre? preguntó Antístenes con señalada ironía. Tunante, replicó el maestro, ahora es cuando lo vienes á saber.

Si gustais de escucharme, dijo Fedon, os recordaré lo que estais olvidando: ni tú, Sócrates, eres feo; ni tú, Antístenes, eres pobre.

Atájame esos pavos! exclamó el hijo de la partera: yo me los llevo de calles á Critóbulo, Autólico y Alcibiades en hecho de hermosura y graciosidad de maneras.

Alcibiades has dicho, tornó á responder Antístenes: ese gentil mozo, así como le dió de bofetones al librero que habia corregido la Iliada, asimismo se los daría al mal aconsejado que sostuviese haber en el mundo hombre más perfecto que Sócrates.

Y aun por eso, agregó Fedon por su parte, el otro día dijo en mi presencia hablando del maestro: Yo no sé qué divinidad se difunde por su rostro cuando tiene

la palabra: ese hombre tan feo es el más bello de los hombres.

Cepos quedos! se trata ahora de darme cantaleta? Guardaos de un berrinche de los míos.

Riéronse á esto más de cuatro de los asistentes, y dijo Fedon: Berrinche de esos que tomas con Xantipa cada lunes y cada martes?

Xantipa, repitió Sócrates: mi pobre vieja, mi pobre amiga... Qué fuera de mi hogar, si yo me subiera á la parra junto con ella? La lengua, en las mujeres, no es arma defensiva: si no pueden defenderse de las nuestras, dejadlas que ellas también acometan á su modo alguna vez.

Quieres decir que tu mujer nunca se va á las manos? preguntó con un si es no es de indiscreción el viejo Antístenes.

Nunca, respondió Sócrates sonriendo.

Por acá hemos oído, dijo Platon en tono de chanza, que un día te tiró á la cabeza un cántaro lleno de agua.

Mucho que sí, respondió el filósofo de la paciencia: habia tronado toda la tarde; era preciso que al fin lloviera.

Autólico, que ahora habia estado con las orejas tan largas, fué el primero en soltar la carcajada, sin caer de ello en la cuenta; carcajada que fué seguida por cuantos eran los asistentes. Oiga, dijo el marido de Xantipa, esto sí que te ha gustado? Quieran los cielos que la tuya, cuando ellos te la deparen, te eche cada día, no un cántaro de agua á la cabeza, ántes bien un raudal de dichas emociones en el corazón.



Bien está todo esto; pero qué es de la materia que teníamos entre manos? dijo Antístenes, poniendo punto á la chocarrería de los sabios.

Si mal no me acuerdo, respondió Fedon, hablábamos de la verdad. Y de la justicia, agregó Xenofonte. Amor á la verdad, primera de las virtudes; amor á la justicia, segunda.Cuál es, Sócrates, el tercer eslabon de esa que tú has llamado cadena de obras lícitas?

Cuándo la llamé cadena de obras lícitas, si eres servido de decirme? Tú llamas así el eslabonamiento de las virtudes; y por los dioses que nunca he oído más lindo modo de decir. El que practica estas dos virtudes por inclinacion y costumbre, ya no podrá faltar, me parece, á las otras: difícil es que el que tiene encerrados pensamientos y acciones en esas dos semiesferas, pueda desviarse por ninguna parte á esas perjudiciales irregularidades que conocemos con nombres de vicios y delitos. La tercera de las virtudes, á mi modo de ver, sería la probidad; pero qué es ella sino la justicia? Varon justo, varon probo: varon justo y probo ¿de qué virtud no será capaz?

Yo doy con una que no dimana de éstas necesariamente, dijo arguyendo el padre de Autólico; y es el valor.

Das salto en vago, Lycon, respondió Sócrates: entre las acciones humanas que entrañan grandeza las hay que son y se llaman virtudes; y otras que vienen hácia la virtud, pero se quedan en sus umbrales, sin aliento para seguir adelante. Estas no son propiamente virtudes, sino prendas que recomiendan al dueño de ellas, sin ceñirle las sienes con la corona de la filosofía.

Estoy en un corazon contigo, dijo Platon; el valor no es virtud; es sí prenda que realza y concilia gloria mundana al que la posee. Hombres inicuos pueden ser valientes: si el valor no está resplandeciendo con la generosidad, la magnanimidad, y el valiente no se halla animado de buenas intenciones, el valor es una gran cosa que no vale de nada.

Hablais, oh amigos, del valor de la batalla, segun veo: puédenlo tener hombres aviesos: el valor filosófico, valor contra el cual se estrellan males y dolores, asaltos del mundo y tribulaciones de toda clase, es virtud, me parece, virtud de las primeras, virtud fecunda?

Eso no hay quien lo quite, respondió Platon; pero habrás de confesar, Fedon querido, que este valor filosófico, segun lo has llamado, no puede ser independiente de las dos virtudes matrices, amor á la verdad y la justicia? Cabalmente el filósofo opone resistencia á los requerimientos del mundo inicuo, y desbarata los quebrantos que vienen contra él, en razon de esa fuerte cohesion que forma un solo cuerpo de él, la verdad y la justicia. Hombre enemigo de estas dos virtudes no tendría, yo presumo, valor para las embestidas de esa cohorte de males que con mil nombres y colores se vienen contra nosotros.

El caso es, dijo Sócrates, que el valor filosófico suele tener nombres más propios, los cuales no dan lugar á molestas distinciones. Llámase paciencia, sufrimiento.

Eso es para resistir, dijo á su vez Xenofonte: quién afirma que en el mundo somos para resistir, no para acometer?



No hay quien lo afirme, respondió Sócrates : errores, iniquidades, sinrazones de todo linaje embestidas han de ser por los buenos, quienes tienen cargo de mejorar el mundo, purgándole de todo lo que le oscurece y desvalora. La violencia del espíritu que rompe hácia afuera y arde sobre los malvados, no hay duda sino que se llama valor, discípulos y amigos míos; y entre éste y el de la batalla puede ir lo mismo que entre la fuerza de la luz y la de las tinieblas.

Tú no has hecho sino responder, dijo Lycon : ya quisiéramos oír cuál sería una pregunta salida de tus labios?

Preguntar? Pues yo pregunto qué es honestidad, y si ésta se ladea con las virtudes de gran porte?

A esto respondió Fedon : Habeis dicho que el amor á la verdad y la justicia son las dos virtudes matrices : ahora que Sócrates ha hecho su pregunta, yo me arriesgo á sostener que las virtudes matrices son tres. De la honestidad ¿qué de virtudes? de la honestidad ¿qué de bienes?

En la órbita donde giran las acciones de la mujer, honestidad es la primera de las virtudes, dijo Sócrates : mas tened entendido que esta sola no basta para volverla respetable y amable, requisitos sin los cuales apenas tendrá fuerza para subir las gradas del trono que le tenemos erigido. Honestidad sin bondad ni modestia puede ser deidad temible: la mujer ha de ser respetable y amable á un mismo tiempo. De la honestidad, como veis, no se derivan por fuerza ni la bondad ni la modestia; por donde vengo á creer que ella no es del todo virtud matriz, si bien da nacimiento á muchas y grandes cosas.

Cuando estaban hablando así los siete filósofos, hablaban de sobremesa, pues la comida se habia terminado con ciertos sorbetes de color de rosa, servidos en largas copas con precintas de oro. Fedon tuvo la palabra, requiriéndolo así el dueño de casa : « Sócrates brindó no há mucho por el amor de Autólico á su padre ; yo brindo ahora al silencio de Hermógenes. » Y apuraron el último trago del vino añejo de Chipre.

Hermógenes ha hecho aquí de Zenon, dijo Antístenes. Tan mal me juzgas? piensas que he estado callado por soberbio? Fuí, segun pensó, el que primero habló; mas como viese que nadie quiso ser el del silencio, me acogí á él, y he estado escuchando. Si vosotros con el uso de la lengua, si yo con el del oído, será cosa que se averigüe despacio cuál sacará más provecho de esta conversacion.

En nuestro próximo banquete, y no hay duda sino que Alcibiades nos dará uno, dijo Sócrates, el del silencio seré yo.

Puesto que no asistieres, respondió Xenofonte : de otro modo ¿de quién la palabra sino tuya?

Entraron todos á una sala adornada con bustos de mármol del Pentélico, y habiéndose lavado las manos en fuentes de búcaro resonante, tomaron junto con Platon la vuelta de Atenas, y cada cual á su casa.



BANQUETE DE ALCIBÍADES

Sobre ser el más bello de los griegos, era rico este Alcibiades, cumpliendo así con las dos condiciones de la felicidad humana que son, como en otro lugar quedó insinuado, buena cara y buen dinero. En cuanto al otro requisito, sabido es que ese gran señor de Atenas era uno de los más valientes y mejores generales de la República. ¡Raro empeño el que naturaleza había puesto en esta obra maestra, una de sus más queridas y perfectas! Soldado, orador, filósofo, eminente en cualquier profesion y cualquier ramo de nuestras habilidades, se las tenía tiesas á los varones más provechosos, ya en la tribuna, ya en el campo de batalla. Con decir que le levantaba el gallo á Pericles, dicho se está que el mozo era de los que en ese tiempo saltaban por las picas de Flandes. Disputando acaloradamente un día con su tutor, siendo jóven de veinte años, apretaba el tornillo de manera, que Pericles, puesto en calzas prietas, se fué de todas y echó por el atajo: También yo, cuando era barbilampiño como tú, mesolia enardecer en la discusion, insistir, porfiar y salirme con la mía. Lástima, Pericles, replicó el muchacho, que no te hayamos conocido en esa dichosa edad en que eras superior á ti mismo. Pericles, asombrado, se le quedó mirando una buena pieza, y dijo para sí: Este, si no se alza con la libertad de los atenienses, será el más ilustre de sus hijos. No de otro modo Sila, sorprendido de una con-

testacion insolente de Pompeyo en sus verdes años, léjos de estrellarse contra el héroe principiante, exclamó: Que triunfe! que triunfe!

Alcibiades era discípulo de Sócrates, quién lo creyera, y uno de los jóvenes predilectos de su escuela. Las ideas del maestro se le imprimian tan fuertemente en la inteligencia, y los sentimientos de su ánimo en el corazon, que cuando Sócrates hablaba, Alcibiades, como arrebatado por los dioses á mundos invisibles, tenia los ojos y el alma fijos en ese hombre, quien era para él entónces el más bello de los nacidos. Este amor á la filosofía no era óbice á la disipacion, pues los vicios de aquel pisaverde estudioso se compajinaban muy bien con los elevados pensamientos y las grandezas de espíritu que le salvan del vulgo al que los siente dentro de sí, aun cuando descende á la tierra debajo del poder de esos verdugos seductores que se llaman vicios y placeres. Los vicios de Alcibiades no eran bajos, de esos que desvirtuan el númen, ni desquilatan el corazon: sus aventuras, brillantes y ruidosas, tenían el sello de la grandeza, por cuanto amor, desnudo, pero en forma decente, iba sentado en el carro donde rodaba por el mundo la vida de ese hijo de las Gracias. Tiempo le faltaba para sus visitas, citas y asaltos inesperados á casas donde le miraban con dulce horror; pero le sobraba para las lecciones de Sócrates, quien nunca le reprendió sus marros sino con amables y saladas vayas respecto de la causa de sus ausencias. Entre sobrarle á uno tiempo para ir á la escuela y hacer marros que son reprendidos con benignidad, parece haber contradiccion: á buen



seguro que la hallarán los que no leen una cosa por si les sea de provecho, mas ántes con el fin de pescar en ella impurezas de estilo y lenguaje que echar al rostro del autor. Contradicciones, á cada paso; no que en obrita de éstas, pero en las grandes, donde la inteligencia se dilata y desenvuelve en ondas como bóvedas sublimes, y los afectos salen afuera en chorros de fuego que fulguran en el espacio. La precision matemática es estéril: irregularidades, contradicciones y extravagancias son tachas sin las cuales ni la filosofía, ni la poesía cobrarán ese porte que infunde pavor ó amor, segun que contemplamos los abismos de la una, ó sonreimos á los embelesos de la otra. Lo que quiero decir en todo caso es que Alcibiades hubiera sacrificado el amor de Laís á una conferencia de Sócrates; y no era hombre de perder una sonrisa de esa bella griega, ni por toda la sabiduría de su maestro. Amor y sabiduría, cosas eran para él de gran negocio; y la fineza de su genio, tener tiempo para las liviandades del uno y las austeridades de la otra.

Ocho dias habian transcurrido del banquete de Platon, cuando el alegre mozo convidó á su vez á sus amigos á venir á su casa. Él, como cada quisque, tenia sus predilectos; y como no fuera obligatorio en ninguno de los que daban convites invitar á las mismas personas del anterior, Alcibiades los alternó de esta manera: Cármidas y Cerécrates en vez de Hermójenes y Lycon; Speussipo en lugar de Platon; y para remplazo de Autólico convidó á un hijo de la Grande Grecia, quien acababa de llegar de Siracusa. Era éste un barbilucio llamado Dai-

loco, de hermosura tan cumplida, que si no despertara envidia en los atenienses que prevalecian por la belleza, Critóbulo y Autólico mismos hubieran muerto de admiracion. A Platon no se le invitaba sino por cortesía: ciertos estaban todos de que, sin dejar de ser atento y amistoso, él de su genio era retraido y no gustaba de andar por casas ajenas, aun cuando en orden á sus amigos deseaba sacrificaran á las Musas. De Aristóteles dicen que era melancólico; á no ser que las desazones devoradas desde tan temprano hubiesen labrado en él semblante que en realidad no era el suyo. Alcibiades, como tan cursado en las formas de urbanidad, no podia dejar de dirigirse á estos sus dos grandes amigos, suplicándoles concurrieran á su comida, si bien no contaba con su aquiescencia. En este concepto, para llenar el número máximo, esto es, el poético nueve, llamó al viejo Antístenes, el héroe de la pobreza; á Fedon, uno de los más sabios y virtuosos académicos; á Xenofonte, su colega en la escuela, no ménos que en las armas; á Xenócrates, y á su maestro Sócrates, por quien abrigaba filial cariño.

La casa de Alcibiades era digna de tal dueño, fastuosa y alegre en sumo grado, prevaleciendo en ella las estatuas de Fidias y los cuadros de Melanto. Habia adquirido cueste lo que costare una docena de las más ricas obras de Apéles, discípulo del pintor que acabo de nombrar, y allí, alternando con las del maestro de éste, daban gran precio artístico á la morada del gran señor, tan fuerte con el brazo y la palabra como apasionado por las artes. Ya se deja conocer cuales